

## La Inmaculada y España

Mañana se celebra la Fiesta de la Inmaculada Concepción, Patrona de España y de su gloriosa Infantería. La Fiesta, pues, además de su alta significación religiosa, dentro de ella, tiene un recio carácter españolista. Y no solo porque nuestra Patria esté oficialmente colocada bajo el Patronato de la Celestial Señora, sino porque el homenaje a María entraña, en cierto modo, un homenaje a España, en cuanto esta ha figurado siempre en la vanguardia del fervor mariano y en la defensa encendida del reconocimiento por los humanos de las gracias inmarcesibles de María Santísima.

No habrá nación que pueda presentar en su Historia una de roción tal a María. Desde el mismo momento de alzarse nuestra nacionalidad, el "Ave María" fué el adelanto de nuestras victorias y la expresión de nuestra júbilo. Teólogos y artistas, hombres de letras y de armas, nobles y rústicos, se muestran en perfecta comunión para cantar y defender las glorias de María. Así, vemos a nuestra Patria mantener con sublime inspiración la Verdad del Misterio de la Concepción Inmaculada, mucho antes, siglos antes, de su definición dogmática por Pío IX. Y así la hallamos también hoy adelantada en el clamor universal, que invoca a María con fe viva en el Misterio de su Asunción y que la reconoce como Mediadora de todas las gracias.

En la historia gloriosa de las Armas españolas, el "Ave María" que quedó prendido en la Granada de nuestra primera Reconquista es el faro que ilumina a través de todas las épocas, las más incomparables hazañas y gestas. En todos los momentos decisivos, en la más portentosa acciones, se alza con afán sublime la invocación a María.

¡Bien corresponde la Celestial Señora a la devoción española! No es esta afirmación, dicha y repetida en predicaciones, una simple expresión lírica de exaltación religiosa. Es una realidad virgosa y patente que se muestra a lo largo de toda nuestra Historia. Pues, ¿no pudo—como se nos refiere en el Nuevo Testamento—la preocupación de una familia amiga mover a la Virgen para solicitar y alcanzar de su Divino Hijo el primer milagro? ¿Y no había de moverla la amistad, la devoción, el fervor entrañable de todo un pueblo, que alza su primer templo por ella y para ella? En las Bodas de Canaán, Cristo hizo la primera manifestación pública de su divinidad a ruegos de su Madre. En nuestros tiempos, ¿no hemos visto alzarse con relieves de Milagro la insuperable gesta del Alcázar de Toledo, cuna de nuestra gloriosa Infantería, donde una pequeña legión de grandes hombres defendía el honor de España, invocando a María Santísima?

Por ello, con robusta fe, en estos momentos críticos y trascendentales para el mundo, pedimos a Santa María que siga protegiendo a nuestra Patria en la Fe de Cristo, que hizo fecundo su amor y sus armas, su obra civilizadora entera.



## Gloriosa Guardia de España

En todas las tierras del mundo hay tumbas de soldados de España. Todos los mares se tiñeron de sangre ardiente de la noble gente armada de nuestra Patria. Toda Europa—Flandes y Francia, Italia, Grecia, Rusia...—; Asia y Occidente, con las mil islas; África—Orán, Túnez...—; América—de California la Tierra de Fuego—; los océanos y los mares, desde el Mediterráneo que vio nacer nuestra nacionalidad hasta el anchísimo Pacífico y el Atlántico, que fué guardado en misterio a los ánimos cobarde, han visto las glorias de nuestras banderas pintadas de Cristo y Virgenes, se han estremecido de asombrosa emoción ante el paso triunfal de los Ejércitos de España, vencedores de la miseria y del hambre, del calor y el frío, del brazo contrario, de la peste, de la superstición, del espacio, del misterio y del miedo.

Inmortales huestes de Pelayo; gloriosas Ordenes de Caballería; famosas Guarnidas Viejas de Castilla; invencibles Tercios de los triunfos de Flandes, del Rosellón y Lombardia; marinos campeones de todos los mares; tropas heroicas de la Independencia; soldados inmortalizados en Cuba, en Africa, en Filipinas; Ejército formidable de Franco, siglos y siglos vienen las Armas españolas realizando las más portentosas hazañas que es dado realizar a los hombres. Lo saben los Angares, y lo que por las victorias de los Ejércitos de España, a la sombra de las Cruces que guardan las tumbas de nuestros capitanes, mundos enteros salieron de la barbarie y entraron en la Católica civilización.

Guardia de España, defensores de la Divina Verdad, nuestros Ejércitos—vencedores del árabe, del turco, de Napoleón, del comunismo—admirados y admirables por su tesón, por su heroica valentía, por su incomparable resistencia, por su nobleza, siempre fueron fieles, siempre estuvieron dispuestos al combate para impedir que nuestra Patria fuese víctima de extraño señorío y para sostener frente a cualquier enemigo las razones españolas. Aún en los tiempos más difíciles, cuando la traición y la cobardía se asentaban en las cumbres del Estado nuestras tropas, mal pagadas y peor alimentadas y vestidas, combatían hasta la muerte en tierras remotas—Cuba, Filipinas—contra el enemigo exterior y contra el interior, al servicio de ejenos imperios.

Nuestra Patria, divisoria entre dos antiguos continentes, ventana amplia a dos mares y un océano, campeona de una civilización, no habría podido sobrevivir a los innumerables y fieros enemigos sin las gestas insuperables de nuestros guerreros. Siete siglos de luchas porteadas, con las glorias de Covadonga, las Navas, conquistas de Valencia y Granada, libraron nuestro suelo de la invasión árabe; las victorias de Pavia y San Quintín, las triunfales campañas de Italia y frente a Francia, aseguraron nuestra fortaleza sobre imperios rivales; en Lepanto se cerró el paso al turco; en veinte pueblos de América—maravilla de las conquistas de México y Perú—se afirmó la grandeza de la Patria; en la guerra de la Independencia, con las tremendas derrotas enemigas de Bailén, Vitoria y San Marcial y el heroísmo inmenso de Zaragoza y Gerona, se consiguió salvar a España del imperialismo francés; las guerras carlistas, sostenidas con incansable ánimo de cruzados, lograron que, pese al enemigo circunstancialmente triunfante, se conservase viva, palpitante, la idea española; y, por último, la victoria reciente que expulsó a los modernos invasores democra-marxistas, volvió a la Patria, amenazada por mundos adversos, a su genuino ser; recuperó totalmente la independencia nacional.

Fija la vista en la Historia y en el presente—gloriosa División Azul que en las estepas rusas demuestra al mundo, una vez más, el temple de nuestros combatientes—bien podemos afirmar que mientras exista un soldado español, mientras pueda empuñar la bayoneta, estará alzada la Bandera de la Patria, existirá España.

**Dedicamos**  
este número  
al invicto y glorioso  
**Ejército**  
**Español**

en la víspera  
de la Fiesta  
de la

**Inmaculada**  
**Concepción**

Patrona excelsa  
de la incomparable

**Infantería**  
**Española**



**Recordamos**  
**HOY**  
especialmente  
a la heroica  
**División**  
**Azul**

magnífica representación del Ejército Español que en los frentes de Rusia lucha por la Civilización y cubre de honores el nombre de España.

A esos gloriosos voluntarios, que marcharon resueltos ostentando noblemente en sus pechos la imagen de María Santísima, Ella les proteja amorosamente



# EL EJERCITO DE FRANCO EL DESTINO HISTORICO DE LAS NACIONES Y LA INSTRUCCION PREMILITAR

Por ENRIQUE MARTIN MARTIN

COMANDANTE DE ARTILLERIA, DIPLOMADO DE E. M.

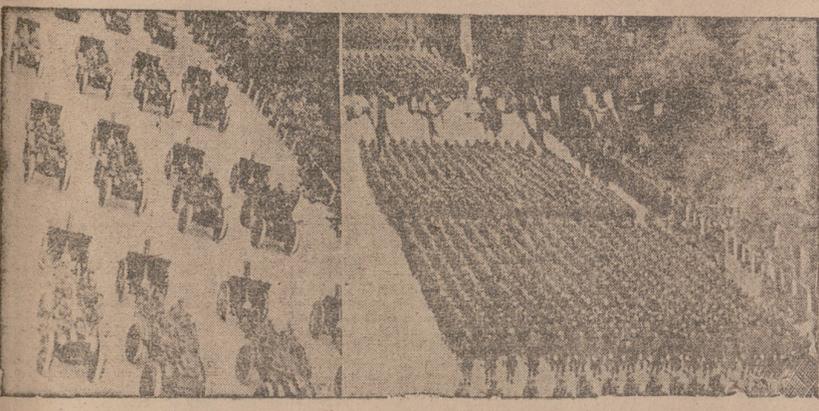


Expresamos gráficamente la influencia decisiva de Franco en la vitalidad del Ejército Español, que con la victoria militar del Caudillo ha visto revalorizados su eficiencia y su prestigio.

Los grabados nos hacen referencia a las tres fases cumbres en el proceso formativo de la actual potencialidad de nuestras Armas: Franco, el Africano, observa y cuida en tierras marroquíes el contingente medular del futuro Ejército que se va forjando en la lucha dura y heroica de la campaña. Franco, el Victorioso, dirige por rutas de triunfo y de gloria al Ejército de la Cruzada.

Ante Franco, el Caudillo Nacional, desfilan con paso marcial los vencedores y en ellos se ve al gran Ejército de la nueva España.

¡Viva Franco y viva el glorioso Ejército español!



## Programa de festejos del Regimiento de Infantería mixto de armas número 86 para celebrar el día de su excelsa Patrona, la Inmaculada Concepción

Hemos recibido, con atenta invitación, unos programas, magníficamente editados, de los actos organizados por el Regimiento de Infantería Mixto de Armas número 86, de guarnición en Logroño, para celebrar la fiesta de su Excelsa Patrona la Inmaculada Concepción.

El programa es el siguiente:

Día 7.—A las 7: Diana por las bandas de trompetas y música del Regimiento. A las 8:30: Misa de campaña en el patio del cuartel. A las 9:30: Elevación de globos grotescos, con disparo de cohetes; competiciones gimnásticas, partidos de baloncesto y cucañas; todo en la campiña del cuartel. A las 14:30: carrera ciclista, en la que se otorgan cintas con el premio que cada una lleva. A las 20: retreta floreada por la banda del Regimiento e iluminación en la fachada del cuartel y fuegos artificiales.

Día 8.—A las 7: Diana por las bandas de trompetas y música del Regimiento y disparo de cohetes. A las 11:30: Misa, solemne en la Iglesia de Santiago, a la que concurrirá el Regimiento con armas. Banda, escuadra, banda y música. A las 13: Comida extraordinaria a la tropa, con entremeses, paella, a la valenciana, merluza con mahonesa, cordero saiteado con champignon, vino de Rioja, uva moscatel y mandarinas, café y copa; será amenizada por la banda de música del Regimiento. A las 15:30: Partido de balompié, cañones y reparto de premios correspondientes a los concursos de tiro, patrullas, literarios, etc. A las 17:

## El Sr. Correa Véglison, en Logroño

Ayer, en el rápido de Barcelona, llegó a nuestra ciudad el excelentísimo señor Gobernador Civil y Jefe Provincial de la ciudad catalana, don Antonio Correa Véglison. En la estación fué recibido por nuestro Gobernador Civil, excelentísimo señor don Jesús Cagigal.

El señor Correa Véglison pasó, en compañía del señor Cagigal, varias horas en Logroño, saliendo seguidamente para Comillas, su pueblo natal.

La Cuestación de mañana, constituye una nota más en el servicio y esfuerzo constante de todos los españoles hacia el Frente de Juventudes.

ca conjuntamente interpretarán "Flores al viento" (gardenia), de Puig; el "Coro de soldados" (de "Fausto") de Gounod, y con intervenciones de las bandas de cornetas y tambores del Regimiento, "La canción del soldado", de Serrano. A todos los actos organizados invita el Regimiento por medio de estas líneas a cuantos Jefes y Oficiales pertenecientes al Arma se encuentren en esos días en Logroño.

Desearnos que los brillantes festejos organizados por los componentes del Regimiento número 86, tan entrañablemente unidos a Logroño, tengan la más feliz realización en una jornada verdaderamente imborrable para cuantos en ellos participen.

Son de tan gran amplitud los conceptos expresados con el título de este artículo, que bien se comprende ha de exceder del marco del mismo el estudio detenido de la relación de dependencia que puede existir entre aquéllos: limitase por ello el propósito del autor a poner de manifiesto la existencia real de tal dependencia y, como consecuencia de ello, la utilidad de ciertas disposiciones emanadas del Gobierno de la nación.

En primer lugar, toda nación tiene un destino histórico que cumplir. Es indudable que si tal concepto se entiende reducido a facilitar la vida en común, a través de la historia, de una colectividad humana de características determinadas, y que desarrolla su acción en un territorio también determinado, no es preciso ni llegar siquiera a la organización nacional para pensar que toda sociedad, y aun toda agrupación humana, en la que se reúnan tales características, cumple un destino en la historia: el de ser recipiente de la vida social de sus componentes.

Ahora bien: si por destino histórico se ha de entender la realización de un fin, que en la vida de la humanidad llega a ser una existencia que se adquiere individualmente propia y permanente, aun cuando la nación que lo cumplió llegase a desaparecer de entre las organizaciones humanas, entonces ya se puede pensar que no todas las naciones, sino, por el contrario, muy reducido número, están llamadas a cumplir un fin de tal categoría.

Es precisamente a este concepto más amplio, independiente y permanente, al que nos queremos referir. ¿Qué factores son los que pueden influir en la existencia o falta de tal fin para una nación? Es indudable que la Geografía ha de jugar aquí un papel preponderante: el estudio geopolítico de una nación, en el sentido amplio en que se entiende actualmente tal ciencia, es fatal que tal destino haya de cumplirse? O, mejor dicho, ¿se cumplirá independientemente y aun a pesar de la actividad negativa que para la consecución del mismo puede adoptar los componentes de la nación? Seguro que no.

Sería incurrir con ello en el determinismo geográfico, e iría en contra de las leyes naturales, pensar que pudiera darse tal premio de supervivencia a pueblos que no hicieron nada por merecerlo. Muy al contrario, es conforme a la ley de la vida que para conseguir un fin sea necesario el esfuerzo consistente; y que cuando el mismo es de tan alta valoración como el que se trata, el esfuerzo haya de convertirse en lucha y sublimarse por el sacrificio preciso para mantenerlo de una manera constante, a pesar de todo y contra todos.

Se comprende perfectamente con ello que solamente aquellas naciones cuyos componentes sienta y obren de modo especial puedan aspirar a cumplir su destino de una manera consciente y no se vean obligadas a desempeñar el simple papel de comparsa, que si siempre es poco glorioso, llega a ser triste cuando por su territorio, por su tradición, por todos los factores que caracterizan a una entidad nacional, está llamada a desempeñar un gran papel en la vida humana.

Ha de ser preciso, en primer lugar, como antes se indica que tales componentes sientan esa llamada hacia la consecución de una posteridad gloriosa para su nación; que estén en posesión del espíritu suficiente para comprenderla y desearla, y en aras del mismo, se encuentren dispuestos al sacrificio diario de las pasiones y apetencias individuales y colectivas.

Por otra parte, a la nación le es necesario, para cumplir su fin, que la voluntad rectora de la marcha de la misma esté a la altura de la misión que le incumbe, y, sobre todo, que esta voluntad sea seguida en su acción por la de todos o, al menos, por la de aquellas minorías que puedan desarrollar labor útil en tal orden de ideas.

Es precisamente en esta colaboración donde se encuentra el lazo que une los dos conceptos expresados en el título de este artículo: esta colaboración necesaria ha de tener un carácter tan absoluto cuando, como en los momentos históricos que vivimos, están sometidos a revisión todos los valores, que más que en colaboración, que significa en cierto modo acuerdo bilateral, hace falta subordinación, pero subordinación absoluta, a lo militar, sin reservas mentales y con la máxima entrega espiritual.

Cuando, como en el presente, se lucha a vida o muerte en los campos de batalla por la imposición de un orden nuevo en el internacional y se combate así mismo no cuenta pero sí enconadamente, como sucede en nuestra España en la actualidad, por la realización de unos fines por los que tantos cayeron, es preciso que la disciplina, que es fundamental en el ejército, extienda su acción al ambiente nacional y que el Caudillo se vea acitado en el cumplimiento de sus acidos.

¿Qué significa esta disciplina militar? Por profesionales de la Milicia bien se sabe, pues la llevamos en la sangre; no sucede generalmente lo mismo a los que no lo son, que no solamente la desconocen, sino que sienten un profundo recelo hacia ella e incluso en los más atrevidos, califiquemost volamente así, despierta sentimientos de desdén como si fuera una marca de inferioridad.

Y sin embargo, nada más lejos de la verdad; la disciplina es el mejor fruto de la instrucción militar y el de más amplia utilidad: los otros dos, el de la técnica que enseña a conocer los elementos que en la guerra intervienen, y es de la técnica y estrategia, que facilita su empleo más adecuado, son de aplicación exclusivamente militar, para fines bélicos. La disciplina es, en cambio, ampliamente utilizable y necesaria; es la condición indispensable y primordial para

que una organización de engranaje complicado pueda cumplir sus fines. El grado de su necesidad aumenta con la importancia de los mismos y de la complejidad de la organización, de tal manera que, cuando ésta es la nación y el fin perseguido en su conducción acertada a través de momentos tan difíciles como los actuales, ha de llegarse al máximo en la modalidad de la misma, máximo que está representado por la disciplina castrense, que no es, en modo alguno, incompatible con ninguna de las condiciones del vivir honesto.

¿Qué es, en efecto, la disciplina militar? No es la ciega obediencia, la sumisión de todos los instantes y la ejecución literal y sin murmullo de los órdenes, tal disciplina será, si acaso, la precisa en un grupo de prisioneros.

Lo que constituye la disciplina militar no es tanto la sujeción exterior del individuo como su estado espiritual. Ser disciplinado, para un militar, es querer ocupar, en un conjunto, el papel que determina otra voluntad. Es la conciencia que tiene el militar de la fuerza legítima del conjunto del que forma parte, lo que le diferencia esencialmente del prisionero o del siervo.

El soldado es un hombre que necesita para actuar de todas sus facultades físicas e intelectuales; no es un ser pasivo. Pero sus acciones están condicionadas, como las de todo ser por libre que sea, por contingencias que le son extrañas, y a las que debe someterse y se somete voluntariamente cuando ya ha reconocido su poder necesario.

Educar hombres en la disciplina no es, por lo tanto, ingeniarse en destruir su personalidad; es ayudarlos, no con palabras, sino con hechos, a concebir una fuerza del conjunto al cual pertenecen; y cuando la certidumbre de su imperiosa necesidad se ha impuesto en su espíritu, hace que se mantenga a pesar de todo, como medio de evitar desfallecimientos y deserciones en los momentos de peligro.

No basta con esta definición para poner de manifiesto los beneficios que la marcha de la nación, pueden derivarse de una disciplina ciudadana así entendida.

Ciertamente que si ello se lograse, nada representarían los pequeños sacrificios que la misma supondría para los temperamentos rebeldes o inadaptados al lado de los beneficios obtenidos en la lucha diaria de la nación, aunque no fuese más que por la desaparición de los obstáculos derivados del egoísmo y de las pasiones individuales y colectivas que se han retirado ante la entrega espiritual que la disciplina militar exige.

Si la disciplina es, como antes se indicaba, el mejor de los frutos de la instrucción militar, y con ella pueden obtenerse tan provechosos beneficios, bien se comprende la utilidad y oportunidad de todas aquellas disposiciones que se dirijan a extender el ámbito de acción de la misma en el radio nacional. Es precisamente en este aspecto en el que se encuentra el mayor interés de las dictadas por el Caudillo para implantar la instrucción premilitar en España.

Tal institución es el medio que en

la actualidad se emplea por las naciones, con diversas modalidades, para responder a las necesidades derivadas de la guerra totalitaria.

Si con la instrucción militar se consigue el máximo en la potencialidad de un ejército, que proporcione al Estado medios no solamente de salvaguardar el orden social, sino de llevar al último extremo las razones y directrices de su política exterior, se comprende sin más la importancia que la premilitar, auxiliar e iniciación de aquélla, adquiere en el conjunto de las instituciones del Estado.

No es, sin embargo, en ese fin de cooperación, que es ciertamente el específico que le corresponde a la premilitar, donde puede encontrarse su mayor y más útil provecho.

Estriba éste en que, por medio de la premilitar, encuentra el Estado un camino, el mejor y más factible, para educar a los ciudadanos en esa disciplina, de la que tan beneficiosos resultados cabe obtener. No debe, pues, el Estado ver solamente en la premilitar un medio económico para tener en condiciones de instruir rápida y militarmente a grandes contingentes y una posible organización de la mayor utilidad en caso de movilización; no debe tampoco el ciudadano ver únicamente en ella el procedimiento de reducir el tiempo de servicio en filas, que se concederá a los que demuestren su aptitud premilitar, con ser ello de evidente utilidad.

Unos y otros deben beneficiarse de la labor educadora que mediante aquélla es posible llevar a cabo.

Ha de tenerse en cuenta, para comprender la posibilidad de tal propósito, que la premilitar, entendida en este concepto reducido de educación moral, es prolongada a su vez en tal fin por la labor encomendada al Frente de Juventudes, permitiendo de esta manera el iniciar en el muchacho la adquisición del hábito de la disciplina, tan necesaria en nuestro pueblo.

Se pone de manifiesto de manera más evidente la influencia que la premilitar puede ejercer sobre el espíritu y formación de los ciudadanos si se considera que para su desarrollo es indispensable crear, en cierto modo, el ambiente militar entre los que la reciben. Tal ambiente deberá reunir las condiciones que a continuación se indican:

Para hacer la guerra hacen falta hombres robustos, resistentes a la fatiga, despiertos, diestros y desenvueltos. Para conseguir tales fines es preciso, en primer lugar eliminar a los débiles físicamente, que solo de manera artificial aumentan los efectivos; es preciso, además, someter al soldado a una educación física que comprenda desde los métodos más suaves hasta los ejercicios violentos, por los cuales se desarrolla no solamente la fuerza muscular, sino que se estimula la voluntad y se despierta el amor al riesgo y el desprecio del peligro.

Es preciso, además, que se observen los preceptos de la higiene. Si el ambiente militar ha de merecer tal nombre, ha de conseguirse que, después de su paso por él, nuestros labriegos, nuestros obreros y, en general, todos aquellos que no andan bien con el agua y el labón, sientan mayor necesidad de atender a su aseo.

Igual efecto ha de conseguirse a

El Frente de Juventudes viene a restaurar una de las grandes fuerzas educadoras de la juventud, librando todos los obstáculos a la educación religiosa y añadiendo en todas ellas una educación política. Riojano: que el óbolo en la Cuestación del día de la Inmaculada, sea un medio en el alcance de nuestros afanes.

través del ambiente militar en relación con la presentación; parece una pequeña, pero la presentación descuidada fomenta la indisciplina y humilla el carácter.

El ambiente militar ha de ser moralmente sano, eliminando del mismo, con más razón que a los débiles, a los hombres degenerados, a los rebeldes por la peligrosidad de su ejemplo.

Al mismo fin de moralidad contribuye el hecho de que la autoridad se ejerza por aquellos que lo merezcan, consiguiendo con ello la interior satisfacción, fundamental para la disciplina, de sentirse mandado por aquellos que se encuentran capacitados para ello.

El ambiente militar ha de ser bello: se instruye para la guerra y no para la paz; el sentido de la lucha ha de estar despierto siempre, y con él el deseo de vencer en la prueba que puede presentarse en todo momento.

Ha de ser, asimismo, reposado: es decir, que el organismo ejercita debe funcionar regularmente, sin choques; debe ser ejemplo de adaptación de sus diversas jerarquías a las funciones que les competen.

En resumen: que el ambiente militar debe ser sano, moral y físicamente; bélico y reposado. Cuando estas condiciones se cumplan, el espíritu de solidaridad se desarrollará en el con poderosa intensidad y se habrá obtenido un hombre disciplinado, que se convertirá en combatiente cuando, completada la instrucción militar, adquiera la técnica necesaria.

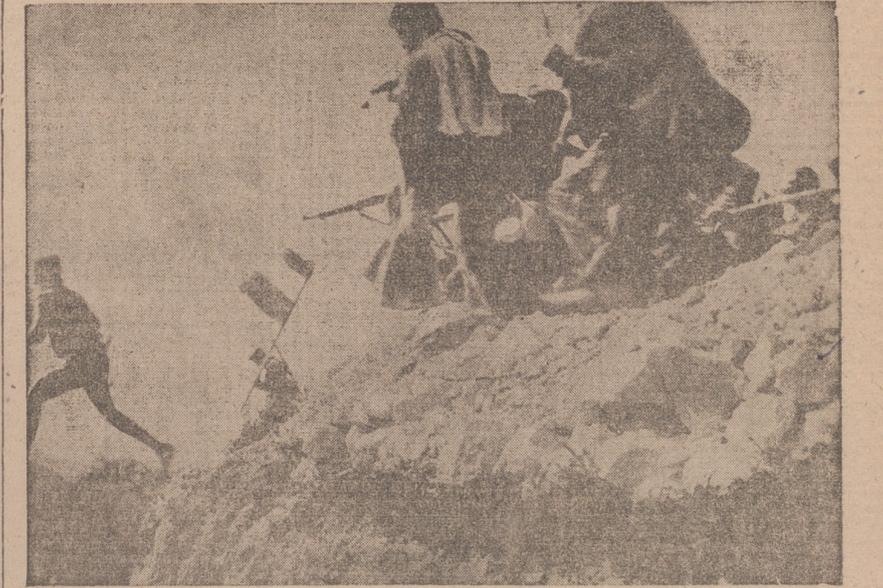
No hace falta insistir más para comprender que tanto más tendrá la instrucción premilitar en el aspecto educador que en este artículo hemos intentado destacar, cuanto con más aproximación se logra crear para su desarrollo un ambiente de componentes análogos a los expuestos.

A conseguirlo han de contribuir las normas que se dictan para el desenvolvimiento de la idea que el Caudillo persiguió en la implantación de la premilitar: la importancia de la misma justifica perfectamente que no se marche alegremente por el camino a recorrer y que la meditación más detenida presida el dictado de dichas normas.

En este aspecto, ninguna iniciación pudo ser más conveniente que la que tuvo lugar, el día diez y siete del pasado mes de noviembre, en la Escuela Central de Educación Física, en Toledo, al dar principio el curso que ha de constituir el primer paso en la formación de los instructores de la premilitar elemental.

Complemento de tal acción será la que se desarrolle en fecha próxima para la formación de la oficialidad de complemento, a través de la instrucción premilitar superior, por medio de la Milicia universitaria.

Con una y otra se habrá iniciado el camino para alcanzar, entre otros fines, el importantísimo de la educación disciplinaria del pueblo español, y con ello poder aumentar la posibilidad de influir sobre el destino que a nuestra unidad nacional le corresponda. Cuya existencia nadie puede dudar y que solamente con el esfuerzo coordinado y constante puede ser alcanzado.



ASI ES NUESTRA INFANTERIA: ACOMETIVIDAD INCENTENBLE EN LA LUCHA INQUEBRANTABLE ANTE LAS MAS DURAS INCMENECIAS, COMO LO MUESTRAN ESTAS DOS EXPRESIVAS ESTAMPAS DE NUESTRA GUERRA DE LIBRE RACION









# La Infantería Española

# LA SANTIDAD DE MARIA

Por GIMENEZ CABALLERO

Reproducimos de la interesante obra de Giménez Caballero "La Infantería Española", que acaba de publicar el Departamento de Ediciones de la Vice-secretaría de Educación Popular, la siguiente bellísima introducción:

Fué nada menos que un francés —Morel Fatio— el que proclamó ser la Infantería Española una de las creaciones inmortales de la Humanidad en la Historia. Asegurando que durante el siglo y medio Europa aprendió las Ordenanzas de nuestra Infantería. Y ya es conocido por todos el dicho de aquel general extranjero comentando nuestra guerra de 1836 a 1839: "La primera Infantería del mundo es la Nacional de Franco. La segunda, la de los reinos españoles. La tercera, la de mi país."

Y también es conocida de todos la afirmación de nuestros jefes cuando comentaban la resistencia encontrada por nuestras tropas en algunas ocasiones: "No son las Brigadas Internacionales las que resisten, sino los rojos". Al fin y al cabo, son españoles.

Asimismo era corriente —a los militares de Cuerpos técnicos o auxiliares de nuestro Ejército— escucharles estas nobilísimas palabras:

"En Artillería, en Aviación, en Ingenieros, en Caballería, en Intendencia, hacemos cuanto podemos. Pero ante los "fios de a pie" y con cornecillas en el pecho, nos desentendemos en los más grandes de esta guerra."

Y esos elegidos llegaban al paroxismo cuando esos emblemas de la Infantería española —mosquete, mandoble y cornecillas— iban unidos a la estirpe de los Altoscos escamillados. Entonces corría un escalofrío de estorbo ante la grandeza y el heroísmo del infante Nacional.

Es decir que para el mundo y para nosotros mismos, desde "Infantería", "soldado", "unidad de choque" significaba ya decir: "España". Decir: "un Pueblo". Decir: "una Raza". Decir: "una Historia".

Tal prestigio adquirió el "país" nacional de España —el castizo soldadito— que el voluntario tercio y gemina de nuestra guerra civilizó la Infantería. Con todos sus peligros, con todas sus fatigas. Y con toda su humildad.

Pertenecer a una Bandera de la Lección, a un Centuria de la Fama, a un Batallón de Línea, a un Tercio de Reserva, a una Unidad de Cerros de Combate, era la mayor gloria, la más sublime emoción que ardía en las entrañas de la juventud española, de los combatientes de Franco.

Sabían estos combatientes que los Avistadores tenían muchas horas libres y podían dormir en la cama. Que en la Caballería había una aristocrática tradición. Que los Artilleros solían comer mejor. Que los Ingenieros tenían una vida más movimentada y técnica.

Pero el muchacho que sentía dentro, al escotar infante y más profundo de nuestra guerra, temía la Infantería. Quiso ser "soldadito de España".

Mucha gente pedante se ofende porque a nuestros infantes se les llama "soldaditos", como si fuese un diminutivo peyorativo. Qué error! Porque el tipo infante nacional es ese hombre pequeño, ese hombre entre nervioso y esmirriado, cuya vestimenta se confundió con el color, pardo y terroso, de nuestra suelo. Pero un hombre, un soldado, que todo lo que tiene de estatua pequeña lo tiene de pecho grande: lo tiene de corazón ancho; lo tiene de espíritu estético, alegre, fiero, inquieto, una vida más movimentada y técnica.

Los soldados no se miden ni por la estatura ni por el uniforme. Se miden por la cantidad de aguante. De riñones. De furia y de coraje. Por eso Napoleón —como era un gran militar del combate— vestía a los soldados más débiles de gris. Y a los españoles que participaron en algunas de sus campañas los vistió de blanco. Porque, al ser heridos, los débiles no vieron la sangre sobre el gris, y así no se intimidaban tanto. Mientras los españoles al verla brotar sobre el blanco de su traje, se enorgullecían y en impen se arrojaban.

tada por el enemigo. Y fué esa de Toledo.

"Si no se hubiese entretejido el Ejército de Franco en salvar Toledo y el Alcázar, Madrid se hubiese salvado en seguida" —dijo esa insinuación infame y gaseada. Como si hubiese importado a España y al secreto de nuestra Causa salvar a Madrid antes que al Alcázar!

No. ¡No! Madrid podía seguir siendo rojo hasta purgar sus infinitos pecados, sus malditas degeneraciones. Nunca penaría Madrid bastante la traición a su destino católico, imperial y unitario; al destino que le asignó, al fundarlo, el César Felipe II.

Pero Toledo y el Alcázar no podían perecer! ¡No podían ser rojos!

Porque Toledo "era el secreto del genio de España", la "raíz misma de España". Y el "Alcázar" todo el símbolo de esa raíz nacional. El Alcázar era: el "Santuario" de la "Infantería española". Era el templo militar de España. Donde —como en aquella plegaria heroica y religiosa— se cantaba un himno en el que profetizaba a la Patria:

Francisco ha salido de El Escorial, ni de Africa, ni de Madrid, para esta guerra. Sino del Alcázar.

ann te queda tu leal Infantería que por saber morir sabrá vencer.

(Y así todos los fundamentales adalides de nuestro ideal.)

Por eso, el Alcázar, con Moscaer, y sus hombres (esos jefes, soldados y paisanos que se transformaron ante el mundo en los "Caudetes legendario del Alcázar"), al oponer sus pechos, sus fusiles y sus bombas de mano, ¡salvaron la guerra, ganaron ya la guerra! Le dieron sentido, tradición, honor, grandeza, generosidad: "infantería".

Y desde entonces se vio que la España de Franco, de Franco el infante, de Franco el soldadito español, de Franco el Caudete del Alcázar, fué la España del triunfo y de la gloria.

¡Recordad nuestros soldaditos, nuestros infantes, nuestros combatientes!

Pequeños, quemados, esmirriados, erguidos, sin afeitar, pero en ellos reviviendo la estirpe de los almogávares y de los peones medievales, la raza de los Tercios imperiales, la leyenda de los honderos ibéricos, de los defensores numantinos.

Y es que, en el fondo, ¡no eran las mismas "almas eternas", y hasta las mismas "almas eternas" de combate, y el mismo "traje histórico" de la Infantería, las almas, las armas y los instrumentos que llevaban! Si.

El fusil correspondiente al arco: el haeba arrojado, a la pila románica, a la honda ibera, al mosquete del Renacimiento.

La bala es la flecha, es la piedra que llega unos metros más allá.

Pero el corazón que dispara fusil y arco, flecha y bala, tiene para triunfar que ser el mismo.

El machete, la bayoneta, son la pica, la espada corta, el puñal o daga de otros tiempos.

Pero el cuerpo a cuerpo exige hoy el mismo "jarrear p'alanca" siempre. ¡Acaso la bomba de mano no corresponde a la jabalina o al simple penoso descargado en la proximidad del atrincheramiento enemigo?

El caso ha vuelto a su forma primitiva, bellísima y clásica, de defensa craneal.

El pasamontañas de lana, con sus escotaduras para los ojos, tren de la ilusión del yelmo cuvisera, y del bélmaz.

La coraza, o la loriza, o el coquete, o el gorjal, se han transformado hoy en parapeto (para el pecho).

El caballo abroquelado, de antaño es ahora el carro blindado, lleno de broquetes ferreos, con cables carburantes, ¡que más lanza o pica actual sino la ametralladora de un carro de asalto?

Como en las épocas más remotas del arte de la guerra, existen también los infantes pesados y la infantería ligera.

Morteros, "mianeras", fusiles ametralladores, lanzallamas, ¡equivalen a aquellas armas que dieron nombre a unidades de los griegos.

A los optitas, los pelstas y los psilatas, fuerzas que formaron las "Falanges", hoy renovadas en nuestros órdenes cerrados de infantería.

¡Acaso las "Legiones" de Roma, con sus triarios, hastarios y vélites, no inspiraron a nuestra tradicional y romanista Legión?

Nada se parece más al arcabuzero, al mosquetero —que da emblema a nuestro Cuerpo infante— que el fusilero ametrallador, con su trabuquito a la espalda y su búsqueda de "sopartes horquillados" para entrar en posición y disparar.

Se necesitaría un nuevo Diego de Salazar, o un Gonzalo de Ayora, que tratasen de este arte de guerra nuestra, con la grandeza y exactitud que aquellos tratadistas tan clásicos de nuestro imperio abordaron entonces el modo de combatir los españoles.

¡Oh, infantes de España! Recordad nuestros soldaditos. Pardos, terrosos, astrosos. Firmes, alegres, inquebrantables.

Los veais en los camiones de movilización. Apinados por el frío, el viento, el viento, la nieve. Enfundados en sus cascos de lana y metal; envueltos en sus sayos ibéricos, los castizos capotes-mantas; con sus botas navarras embarzadas de terropes aplastados.

Pero jamás sin perder su figura de hombre. Jamás sin perder su dignidad de hombres. Jamás sin parecer como los rojos bestias hacinadas para la matanza.

¡Nevaba, nevaba, arrojaba el sol! ¡No importaba! Cantaban, ¡iban siempre cantando. Cantando su jota del "Carrañetas". Cantando sus himnos de combate.

Recordados en el parapeto. En la chabola. En guerrilla; logrando una instintiva "cobertura completa" que les permitiera saltar, granada en mano, sobre el trincherón enemigo, con arremetida incontenible de toros bravos.

Recordados en el hospital de

campaña, vendados, inmóviles... Sonriendo. O andando con bastones y mulatas por las calles, o con un brazo roto sostenido en andamios de leno y gasas.

Siempre hombres. Siempre ellos. Nunca tristes. Nunca en masa. Siempre singulares. Sintiendo el orgullo de su trajeillo caqui, la belleza de su gorrijo o de su boina, la nobleza de sus barbas sin afeitar, la distinción viril de sus cejas de tierra, de sus ojos, de sus cascarrías sagradas. Sintiendo que la tierra pegada a su cuerpo, a sus manos, a sus heridas, era la tierra que acababan de defender y reconquistar: era la tierra de España. ¡Era la Patria misma que se les incrustó en las carnes como los dedos de una hija infante al abrazar a su padre que la defendiera de un agresor cañal!

¡Oh, Infantería española! Gloria de nuestra guerra y ejemplo del mundo. Nuestra Patria y el mundo te contemplaban cuando atada tu bandera de oro y sangre a ramos de árboles, a bayonetas, a palcos de camillas; trepado por los cerros, los otros, las sierras; bajaste a las barrancadas, te escurriste por los acostaderos, atravesaste labrantíos, seculares, herbales; vadeaste arroyos y regatos; avanzaste por carreteras y trochas y veredas montesinas e irrumpiste en pueblos y ciudades, capitales, ondeando al viento triunfal la enseña nacional enarbolada.

¡Infantería española! ¡Oh Infantería española! Un día próximo ¡España que ese sangre de tu bandera —que es tu sangre, y ese color amarillo de oro, que es el color de la tierra de España— volarán otra vez por todo el ancho mundo.

Y el Imperio católico del mundo tendrá otra vez un nombre inmortal: "Infantería española".

## Defensa permanente de España



Nada más elocuente, nada más engrandecedor de la altísima santidad de María puede decirse que las palabras que le aplica la Iglesia: "El Señor que poseyó desde el principio de todas las cosas desde antes de los siglos, primer que aces hecha la tierra..."

Siempre hombres. Siempre ellos. Nunca tristes. Nunca en masa. Siempre singulares. Sintiendo el orgullo de su trajeillo caqui, la belleza de su gorrijo o de su boina, la nobleza de sus barbas sin afeitar, la distinción viril de sus cejas de tierra, de sus ojos, de sus cascarrías sagradas. Sintiendo que la tierra pegada a su cuerpo, a sus manos, a sus heridas, era la tierra que acababan de defender y reconquistar: era la tierra de España.

¡Oh, Infantería española! Gloria de nuestra guerra y ejemplo del mundo. Nuestra Patria y el mundo te contemplaban cuando atada tu bandera de oro y sangre a ramos de árboles, a bayonetas, a palcos de camillas; trepado por los cerros, los otros, las sierras; bajaste a las barrancadas, te escurriste por los acostaderos, atravesaste labrantíos, seculares, herbales; vadeaste arroyos y regatos; avanzaste por carreteras y trochas y veredas montesinas e irrumpiste en pueblos y ciudades, capitales, ondeando al viento triunfal la enseña nacional enarbolada.

¡Infantería española! ¡Oh Infantería española! Un día próximo ¡España que ese sangre de tu bandera —que es tu sangre, y ese color amarillo de oro, que es el color de la tierra de España— volarán otra vez por todo el ancho mundo.

Y el Imperio católico del mundo tendrá otra vez un nombre inmortal: "Infantería española".

Desde luego que María no pudo ser ni por un solo instante presa del pecado original, morada de Satanás, sino que fue desde el primer momento de su existencia, Santa, santísima, con una santidad no como la de los Patriarcas y Profetas, ni como la de los más gloriosos espíritus celestes, sino con una santidad superior a la de todos los Angeles y a la de todos los Santos que habian de existir en la serie de los siglos. Los santos y santos más lustres e iluminados, los más altos querubines y serafines no pueden vislumbrar la elevadísima cumbre de donde desce la santidad de María, esa santidad que se acrecentó extraordinariamente durante los nueve meses de la morada de Jesús en sus purisimas entrañas y después de los treinta años que vivió con su Madre en la casa de Nazaret y en los tres de su vida pública y en su Pasión y Muerte y luego cuando inundada otra vez de gracias y dones por el Espíritu Santo, al descender sobre la tierra, albergando santamente en su corazón a su Hijo Sacramentado.

Por este motivo, como cristiana, nos y como españoles, miramos hoy hacia el camarín de la Virgen María que escuchó nuestro primer grito al nacer y esperamos recibir nuestro último suspiro al morir. A la Virgen que hemos invocado, cada siempre en las batallas y la hemos levantado templo en las ciudades y en las aldeas, santuarios en las montañas, altares en los cerros, poniendo su bendita imagen en los estandartes y banderas de nuestros ejércitos y la adoramos como Patrona de España, de la gloriosa Infantería española que hoy se ha postrado ante ella en los templos. Millares de corazones ofrendarán sus más puros anhelos a la Virgen Inmaculada Madre de Dios.

Pero una raza, la noble Hispana, se estremece más que ninguna otra tribu. Desde el tercer concilio toledano se os aclama ¡oh, Virgen! y en esta tierra invadida por el moro años más tarde se realizan las más nobles gestos y hazañas por la Madre de Dios. Y sus poetas riman en los de la Santísima Virgen y Domingo de Guzmán os ofrece el más sencillo pero santo rezo. Y el villano os entrega su alma. La "Santa María" descubre un nuevo mundo.

Carlos III decreta a España que vuestro Inmaculado Patronato es ya de antigua guardastéis. ¿Qué día más propicio que hoy para levantar una plegaria, petadora de nuestros más grandes anhelos, homenaje de amor y heróica gloria?

La oración de San Bernardo surge tierna de nuestros labios y sus palabras con las que dicta el corazón...

Acordados ¡oh Virgen! de vuestra España y dad vuestra gracia para sanar; acordados de la de los valientes voluntarios de la "División Azul", acordados de los que dieron su vida en nuestra Cruzada por Dios y por España, por librar a la Patria de los males y la muerte. ¡Oh, nuestros santos, nuestros héroes, nuestros mártires, cuán fecunda es la canera de los Mártires; sois nuestra guía, faro de bienandanza que nos conducirá a puerto seguro. Vais grabada en nuestro corazón.

Nos rodean muchos enemigos, pero nosotros, los verdaderos hijos de España y nuestro ínclito Caudillo Franco, no conocemos el miedo, porque tenemos fe...

La pelea es dura, pero nuestra Victoria. Porque tenemos fe. A España, el pueblo que dió a Cristo y al Universo veinte pueblos, la regeneraremos, porque tenemos fe. Prez, honor y gloria a María Santísima en el Misterio de su Concepción Inmaculada. DANIEL NAVARRO

### Inspección Prov. del Trabajo

#### FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCION.

Se recuerda a todos los empresarios de esta provincia que el próximo lunes, día 8 de los corrientes, en que se celebra la festividad anteriormente mencionada, es fiesta religiosa equiparada a domingos, de conformidad con el artículo 55 del reglamento de 25 de enero del corriente año, relativo al descanso dominical, y, por lo tanto, únicamente podrán ejercer sus actividades en dicho día aquellos establecimientos autorizados para hacerlo en domingo, y, por excepción, el comercio de la Alimentación podrá tener abierta hasta las doce de la mañana.

Los empresarios satisfarán a su personal el salario correspondiente a dicho día, sin que haya de hacerse recuperación alguna por este concepto, de conformidad con el artículo 57 de dicho reglamento y nota publicada por esta Inspección en el periódico NUEVA ROJA del 3 de julio de 1940. Logroño, 6 de diciembre de 1941. El Inspector Jefe

(De la "Historia de la Cruzada Española")